LXXVIII

No eran todavía las nueve y media cuando Nachette hizo su entrada en el taller de Giroust.

—¿Eh?—dijo Couturat señalando con los ojos la mujer que acompañaba á María.

—Buena.....—respondió Nachette, sirviéndose de uno de esos idiotismos parisienses que hacen el efecto de un sapo saliendo de una boca humana.

—Hija mía—dijo Couturat á la mujer así elogiada por Nachette—nada de emoción y mucha amabilidad... ¡Este caballero es el director de Los Bufos

—¿El señor es?

Y la pobre niña contempló á Nachette como una mendiga contempla el escaparate de una casa de cambio.

—¡El mismo!—repitió Nachette, que había cogido el guiño de Couturat y entraba de lleno en su papel.—Sí, querida mía, el hombre de las contratas soy yo.

Se sentaron alrededor de la mesa. Couturat al lado de María y Nachette al lado de Herminia; así se llamaba la compañera de María.

—Hay varias categorías de actrices—decía Nachette á su vecina,—como hay varias clases de

carne... No debemos ocultártelo... Tenemos mujeres que dan dinero al teatro por trabajar en él... Este no es tu género, seguramente. Las hay que reciben su contrato, para que lo puedan lucir, ¿comprendes?, pero á las cuales no pagamos... No; tampoco este debe ser tu género, encantadora fierecilla. Tenemos, en fin, las de primera cualidad... verdaderas contratas... ¡auténticas como una cartilla del Monte de Piedad!

Herminia balbuceó:

—Y que es preciso para...

—¿Que es preciso?... Es preciso todo. Tener buen pelo, buenos ojos, buena dentadura y buenas pantorrillas. Todo lo que tú tienes... Si además posees el talento de la señorita Mars ó de Alfonsina, el talento no estorba. No hablas con la nariz, eso ya es algo, y con protección...

—Pero yo no conozco á nadie.

—¿Y el director, querida mía?—dijo Nachette echándoselas de galante.

Los dos hombres y las dos mujeres comían y bebían. Nachette, animado por Couturat, que no dejaba de llenar los vasos, bebía más que todos juntos; y el ensueño de *Athalia*, que le recitaba Herminia, cortando los versos con hipos, le sugería mil ternezas, en las que sin duda influyó más al vino de Couturat que el talento de Herminia María, por su parte, había empezado á cantar una

canción grotesca, que acompañaba con golpecitos de cuchillo sobre los vasos; de pronto se interrumpió:

—Dime, Couturat, ¿qué significan todas esas tonterías?

—Y María señalaba sobre la tapia un trofeo de mil zapatitos de raso blanco, con borlas, escarapelas y profusión de cintas.

—Zapatos de bailarinas españolas, que hemos traído de nuestros viajes... Zapatos auténticos.

María saltó sobre un banquillo, tomó del trofeo un zapato, uno de tan exagerada pequeñez que una madre china no se hubiera arriesgado á meter en él el pie de su hija, y acercándolo á la nariz de Canturat, dijo:

—Y calzada con esto, ¿se sostiene una mujer?

—¡Casi!—dijo Couturat.

Los hombres fumaban; las mujeres degollaban una canción y comían fruta.

—Pero estoy bastante incómoda en estas sillas—dijo María.

—¡Una idea!—dijo Couturat.—¿Si quitáramos los banquillos de la mesa?

Pusieron la mesa, que era un tablero de dibujo, en el suelo, y alrededor, cada cual según su gusto, sentáronse ó echáronse con el abandono íntimo de las posturas de Lacret y con las licencias propias de un final de comida. Nachette, echado

boca abajo, agarrado á una pipa turca y envuelto en una nube de humo de tabaco, contaba á Herminia, recostando la cabeza en un cojín, la comedia en que él la haría debutar, las frases que había de decir y el collar que había de ponerse. Couturat, sentado á la turca, las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared, sostenía en su hombro la cabeza de María que, casi dormida, miraba á cada instante un reloj de péndola, cuyas agujas marcaban las cuatro de la mañana.

Sobre la mesa, los vasos que estuvieron antes puestos en orden y las copas de champagne aparecían revueltos, esparcidos, errantes. Algunos aún estaban llenos de agua, que las mujeres bebían para no emborracharse demasiado. En un vaso de vino del Rhin, á medio llenar, el vino dorado bajo el cristal verdoso tomaba el color de un topacio en el fondo del mar. El rosa pálido de un resto de champangne centelleaba en las copas, que se alzaban en la mesa como penachos de cristal. Los platos de china que habían servido para tomar el postre se hallaban juntos, indicando, como las sillas después de un baile, las aproximaciones y familiaridades habidas; mondos y huesos de fruta, pedacitos de azúcar, cortan al azar sus flores y sus arabescos. La pirámide de peras del centro del mantel se ha derrumbado; alguna cereza en dulce ha sido olvidada, en el saqueo, sobre los papeles

calados de las bandejas. Los albaricoques, echados unos sobre otros, se aplastan. Dos racimos de uvas se posan aún sobre las hojas de parra, marchitas, rugosas. Migas de pan, arrancadas con las uñas, redondeadas con las yemas de los dedos, que saltaron de unos á otros al principio de la cena.

Alumbrada por las bujías de la mesa, la araña proyectaba en el techo, de donde pendía, una sombra de mil patas semejante á un insecto visto al microscopio.

Eran las cinco. De pronto sonó la campanilla.

—¡Es verdad!—dijo Couturat.—Había olvidado... Perdón, señoras y caballeros; me bato esta mañana...

Y pasando junto á Herminia, dejó deslizar en su oído estas palabras:

—Ya sabes que yo ignoro que tú eres la querida de Puisignieux — y empujó la cabeza de Herminia hasta apoyarla en el pecho de Nahette.

El joven introducido por Couturant iba envuelto en un amplio abrigo, que malamente cubría una caja de pistolas, oprimida bajo el brazo derecho, y dos espadas sujetas con la mano izquierda.

—Señoras, el señor barón de Puisignieux... Gracias, eres exacto... Sí, amigo mío; me preparo á morir, como ves, en familia...

Puisignieux vió á Herminia y vió á Nachette

Tuvo una de esas miradas con las que se querría matar á las gentes; hizo una exclamación y fué á sentarse á cierta distancia.

Nachette, que aún estaba lo bastante sereno para reconocer al barón, confuso y hablando por hablar, dijo á Couturat:

—¿Cómo? ¿Qué significa eso? ¿Te bates?

—Sí... una cuestión estúpida... una simpleza... un tropezón, que terminó en una bofetada... Mi mano que, sin saber cómo, encontróse descansando sobre la mejilla de un inglés!... Gente que se mete por medio... y el inglés que grita: «¡Pasado mañana en la terraza de Saint-Germain á las siete!», y me arroja su tarjeta. Yo la guardo en un bolsillo, vuelvo á casa, la miro y veo: *London, Piccadilly*... He tropezado con un inglés, un inglés que vive en Londres, con el único inglés que no habita en Nápoles ó en el hotel Windsor... Imposible poner á nuestros testigos en relación; tú comprendes... Se entenderán sobre el terreno... Yo contaba contigo; entre Puisignieux y tú arreglariais este asunto... Pero me parece que ahora estás algo turbado... Sí... algo turbado por la emoción... Al paso recogeremos á Bourniche...

Y viendo á Puisignieux inmóvil, en actitud triste y rabiosa:

—¡Pareces la estatua del dolor, amigo mío, ó la de un cajero á quien roban la caja! ¿Qué es lo que

has perdido, eh?... ¿Y tú también?... ¿qué te ocurre? —dijo Couturat á Herminia.—Herminia, hija mía, ¡tienes una cara!... ¿Qué? ¿Te arrepientes de algo? Comprendo...

Y volviéndose á Puisignieux:

—¿No es verdad?... ¡Ay amigo!, ¿qué quieres?... Una desgracia. Estoy desolado... pero eso le sucede á cualquiera, y tú no harás la tontería de disgustarte con Nachette más de lo que te disgustarías con un ciego que te pisara un callo... ¡Qué demonio! No pudimos adivinar. ¡Ah! Estos inconvenientes resultan de ocultar las queridas á los amigos... Pero basta de broma... Vamos á llegar tarde... Da el brazo á María, Puisignieux... A tí, Nachette, un consejo de amigo; anda, ve á echarte un rato en la cama de Giroust, luego recoge la llave... ¡Andando!

Y ofreciendo el abrazo á Herminia, dijo en voz baja:

—Ahora silencio y prudencia; el barón volverá de nuevo á tí, más amoroso que nunca... Tu contrata está en mis manos... y tú sabes que sé cumplir mi palabra con las mujeres.

Las acompañaron á su casa. Luego hicieron levantar á Bourniche, que, al despertar, se veía de pronto metido en aquel asunto, como un mosquito en un farol. Hasta llegar á Saint-Germain se deshizo en preguntas é interjecciones. Había visto

al inglés, estaba seguro de haberle encontrado; llevaba la señal del bofetón... Y repetía la historia, pidiendo á Couturat que se la contase de nuevo; imaginaba los testigos que iban á encontrar, se asomaba á la ventanilla del coche para ver las patillas del inglés, y no distinguiendo nada, interrogaba nuevamente á Couturat, que no le hacía caso.

Llegados á Saint-Germain, dieron la vuelta á toda la terraza; no había nadie. Pasó una hora, nada. Couturat envió á Bourniche al pabellón de Enrique IV y á los hoteles próximos, para que se informase. No había parecido ningún inglés. A las diez Bourniche dijo que tenía necesidad de estar en París á las doce. Couturat recordó que conocía un oficial en la guarnición de Saint-Germain, el cual no rehusaría el favor de servirle de testigo, y dejó libre á Bourniche, afirmando su propósito de aguardar al inglés hasta la noche, si fuese preciso.

Quedaron solos él y Puisignieux. Couturat le llevó hacia el bosque, y allí, entre los árboles, en aquella atmósfera misteriosa y suave, respirando un aire puro que ensanchaba el corazón y endulzaba el alma, aprovechando todas las emociones que sugerían el sitio y las circunstancias, Couturat, tomando el tono de voz de un hombre que va á morir y que se confiesa á un amigo, despojándose repentinamente de sus burlas y de sus ironías,

presentándose como el Couturat que Puisignieux conoció, tuvo palabras y entonaciones cariñosas, de un color triste; provocó las confesiones amargas de Puisignieux, oyéndole atento, comprendiéndole, abrazándole, meciéndole y esperanzándole; respetándole mucho sobre todo, no emprendió la tarea de consolarle. Se compadeció de su desgracia, lloró sobre su amor burlado, y abandonándose a la confianza, dijo que á él también le habían engañado; y esa fué la obra maestra de Couturat: hizo la historia de su primer amor, de su primer desencanto, que le transformó el carácter, haciéndole irónico y malévolo. Y así le retuvo y le alucinó durante un día entero, procurando hacerse dueño del barón, tocando á cada instante la cuerda sensible, venciendo sus desconfianzas, descubriendo en sí mismo lo más recóndito del carácter, como si distraidamente se abandonara en aquella hora suprema, ofreciendo sus confidencias con franqueza y encantadora sinceridad, no reservándose nada, ni el rubor de la vergüenza, penetrando en su juventud y amparándose del brío de su pasión, de las primeras lágrimas de sus ilusiones... Y cuando á las seis de la tarde volvían á París, Couturat y Puisignieux eran tan amigos como si á los dos les hubiese engañado la misma mujer.

LXXIX

A las seis y media Couturat y Puisignieux, cogidos del brazo, subían por los baulevards hablando de la muerte próxima de la tía de Puisignieux, á casa de la cual había subido el barón al apearse del tren, cerciorándose de que, á lo sumo, duraría una semana. Hablaron del porvenir, de la herencia, de lo que Puisignieux podría intentar, de la poderosa palanca que iba á tener entre sus manos, de la actitud que debería tomar como hombre público en la prensa, cuando tropezaron con Montbaillard que, paseaba con las manos metidas en los bolsillos.

—¿De dónde diablos salen ustedes?—dijo Montbaillard.—¡Traen ustedes más barro que hay en una carretera!... Y á propósito. ¿Qué te ha ocurrido con Nachette?... ¡Está furioso contigo!... Ha estado á punto de contarnos en el café los ataques violentos que prepara contra tí acerca de tu duelo de hoy... ¿Es verdad que te has batido?

—No, porque mi adversario no acudió... ¿Y tú qué haces?

—Yo, amigo, me aburro. Creo que me voy haciendo viejo para el oficio. París me apesta. Daría cualquier cosa por estar en el campo... Vuelvo sin

remedio á la vida silvestre; me atrae mucho el campo, los árboles y las ovejas...

—¡Mucha lana!—dijo Couturat.

—¡Eso es!—dijo Montbaillard, dándole un manotazo amistoso.—¡Ya verás tú cuando hayas pasado cuarenta años en este París maldito y miserable!... Yo aspiro á la vejez de Odry; morir en Courbevoie... Ya me quebré bastante la cabeza... Estoy harto de infundios... Las zancadillas, los duelos y la cárcel... muy bonito en la juventud; pero, ya lo sabes: en el fondo, nuestra vida es una broma pesada.

—Oye, Montbaillard, te veo *bucólico* esta tarde, como el hombre que quiere hacer un negocio.

—¿Si será malo este demonio de Couturat?... Pues bien, sí, amigo, quiero vender mi periódico. Nachette me ha tanteado, pero no me descubre á su capitalista... Y dejarme clavar por Nachette... Ya comprendes... No estoy para niñerías... Y, además, prefiero entenderme contigo, palabra de honor. Yo te diré; no se deja un periódico como una camisa; el periódico es como un hijo, y yo creo que contigo vivirá, progresará mi *Escándalo*. Tú tienes en la cabeza el proyecto de un gran periódico diario, una invención diabólica. ¿Sabes cuál sería tu negocio? Comprar *El Escándalo*. Esto era una base administrativa... Tendrías desde luego un buen número de suscriptores á quienes dirigirte. ¡Ah! ¡Si calculases las ventajas de comenzar así!... Ya sabes que mi periódico se defiende y produce... ¿Por qué no me lo compras? ¿Qué te falta?

—¡Dinero!

—¿Dinero? ¿No tienes amigos nobles y acaudalados... como este señor?—(Indicando al barón.)—Sales del apuro con una miseria. ¿Cuánto pido? Ochenta mil francos; ¡y no ignoras que atendiendo bien la página de anuncios, produce treinta mil anualmente! Encuentra negocios que den más; búscale al dinero más lucrativa colocación... Vaya... ¿Qué responden ustedes?

—¿Compramos? — dijo audazmente Couturat, arriesgándose á vencer por sorpresa la debilidad de Puisignieux y apoyando sobre sus ojos la voluntad de su mirada como podría apoyar la rodilla sobre su pecho.—¿No es verdad Puisignieux?

Y sin darle tiempo de responder:

—¡Puisignieux te lo compra!—dijo á Montbaillard.—No tiene dinero en el momento... pero lo tendrá mañana, pasado, dentro de tres días, dentro de ocho.

Montbaillard, que parecía sin duda estaba perfectamente instruído en su papel, no contestaba. Couturat prosiguió:

—¿Comprendes? Puisignieux compra; pero es preciso darle tiempo para reunir fondos. Compra

el periódico en ochenta mil francos... Pagaderos cuarenta mil á los seis meses, rindiendo interés desde hoy; en cuanto á los otros cuarenta mil, se reserva el derecho de pagarlos después del segundo semestre... al cinco por ciento... Si paga los ochenta mil de un golpe, descuenta el interés...

—Con esa condición, lo descuento seguramente—dijo Puisignieux;—porque antes del vencimiento habré pagado.

—Conformes... ¡Basta de conversación!... Cuarenta mil francos dentro de seis meses... ¡Ah! ¿Oiga? ¿No será un mito la herencia? ¿Su tía no mudará de opinión antes de morir?—preguntó Montbaillard con un aire de duda y de desconfianza demasiado afectados para que Couturat no los creyera fingidos.—Y los otros, los otros cuarenta mil, ¿seis meses más tarde... ó al mismo tiempo?... ¡Bien! ¡Choque usted! Y desde ahora, cuente conmigo. Ya es propietario de *El Escándalo*... Heredan ustedes un precioso número... ¡Buen comienzo! Ese miserable Nachette ha desenterrado, impresas no sé dónde, unas cartas de Demailly... para Boisroger, Franchemont, Remonville... para todos hay algún mordisco... ¡Van á poner buena cara cuando lean todo eso escrito por un amigo íntimo... No hay nadie como Nachette cuando imagina burlas... ¿Pero no me oyes?

Montbaillard se equivocaba; Couturat era todo

oídos; pero miraba vagamente, como si estuviera ocupado en grandes reflexiones.

—¡Yo! ¡Sí! ¿Qué? ¿Qué decías?... ¿Hablabas del periódico?... Tomaremos posesión del periódico inmediatamente, ¿sabes?

—¡Oh! Ustedes me dejarán el número de mañana, como regalo.

—No es posible, amigo, los intereses corren desde hoy... Además, Puisignieux y yo sentimos una infantil impaciencia; lo antes posible queremos posesionarnos de tu sillón verde de director... Después de comer haremos un contrato provisional, un documento privado, lo bastante para garantir nuestros derechos mientras la tía prepara su viaje á la eternidad... ¿Tus compromisos con los redactores prevalecen en caso de venta?

—No; eres libre de hacer lo que gustes.

—¡Muy bien! Luego, á las ocho... tú nos instalarás.

—¡Andando!... No hay el menor inconveniente. Hoy mismo quedaréis en posesión de todo... *El Escándalo* es vuestro, y ahora mismo voy á publicar la noticia.

—No... No digas nada... Quiero sorprender á la gente.

—Amigo mío—dijo Couturat al barón cuando Montbaillard los hubo dejado;—tú me darás las gracias muy pronto... Herminia sólo sueña en una

cosa.. En la contrata... La conozco bien... Te ama, estoy seguro, pero ¿ves? Un guasón que le prometa hacerla debutar en los Bufos puede... Y no hay remedio: es una idea fija, una preocupación... ¿El teatro? Un delirio para ella. ¿De qué no sería capaz por verse contratada? Dueño de *El Escándalo*... dentro de quince días podrás exigir que la contraten, y entonces... Entonces tú la sujetarás... ¡á tu gusto! Podrás amenazarla con el periódico, así como los maridos amenazan á sus mujeres con los tribunales de justicia... De cuando en cuando la mortificaremos un poco en un artículo cualquiera, para que no se desmande, para que no se olvide nunca de que su fama depende por completo de nosotros... Y te juro que la tendrás mansa como un cordero.

Comieron deprisa en casa de Puisignieux, á quien Couturat decidió á que hiciera las paces con Herminia. Couturat, en el pasillo, deslizó en el oído de Herminia estas palabras: «Es un hecho... Te contratarán mientras procures sostener con ardor las dichas de este niño! Te reservo una bonita renta.»

—¿No sería conveniente que yo te firmara un poder para que tú lo arreglases todo?—dijo Puisignieux deseando quedarse sólo con Herminia.

—¡Nada de eso!... Los negocios primero... ¡Tiempo queda para los amores!... Vas conmigo,

quiero que te vean allí... Es muy conveniente... Si no dirían que te habíamos asesinado... Tú eres el que compra .. Yo sólo soy el redactor en jefe... Tú fijarás el sueldo, ¡claro! El sueldo que te parezca digno de mi categoría... Y si te decides á darme participación en los beneficios...

En el momento de llegar á la redacción del periódico pasó junto á ellos uno de los hombres más famosos del siglo, que imaginaba sostener un diario con su nombre.

—¡Mira!—dijo Couturat á Puisignieux, dándole con el brazo; y, acercándose al hombre famoso, añadió:—Caramba, señor mío; tiene usted buena mano para elegir... Hay en su periódico un muchacho que interesa mucho... Hasta hoy no supe cómo se llama... No hablábamos de otra cosa en el café Riche... ¡Qué artículos tan hermosos!

—De Mellin... ¿Usted se refiere á Mellin? Sí, tiene mucho talento... ¿Leyeron mi artículo de ayer?

—No...—dijo Couturat.—Mellin, eso es... Mellin... Cuidado, no se le vaya; consérvelo, mímelo, guárdelo entre algodones... que no se lo quiten. ¡Caramba! Es la fortuna del periódico.

. . . . . .

—¿Por qué has dicho eso?—preguntó Puisignieux. Sin duda le disgustaste.

—¿Por qué? Mañana lo verás... No creo que

tengas muchas ganas de conservar á Nachette.—Puisignieux hizo un signo de desagrado.—Pues bien, ya no falta quien le sustituya.

—¡Cómo! ¿Sustituirle? ¿Por quién?

—Ese hombre famoso nos hará la merced, amigo mío. Por muy grande que sea un hombre, siendo escritor, no tolera que se alabe á ninguno en su presencia. Mañana, sirviéndose de cualquier pretexto, despedirá de su periódico á Mellin y nosotros le haremos proposiciones inmediatamente; Mellin sustituirá mañana mismo á Nachette.

Montbaillard los aguardaba dando vueltas por su despacho.

—Eres puntual, exacto—dijo Couturat.

—Como un eclipse, hijos míos... Todo está disto; aquí tenéis un borrador de la escritura.

Couturat lo tomó de manos de Montbaillard y lo pasó á las de Puisignieux; luego lo releyó atentamente.

—Muy bien—dijo al terminar su lectura.—Puisignieux y tú sacaréis copias dobles en papel sellado... Yo voy á ver los contratos de los redactores...

Y mientras ellos escribían, Couturat, apoderándose de las pruebas que estaban sobre un pupitre, leía con disimulo el artículo de Nachette.

—Ya está. ¡Firmemos! ¡La pluma de Fontainebleau, caballeros!—dijo Montbaillard.

Firmaron.

—Señores, ya sois los amos de la casa. Os la dejo con tristeza... Ved...

Y rebañando lo que había en la caja de caudales, prosiguió:

—Aquí tenéis una llave que no ha servido más que para guardar plumas de acero. Y ahora que todo queda consumado, tengo el honor... Quisiera beber algo... ¡Ah!, dime: ¿No ves las pruebas antes de mandarlas á la imprenta?

—¿Para qué?—dijo Couturat.—Envíalas, dí que ajusten el número.

Y cuando Montbaillard estaba ya en la puerta, añadió:

—Pero no te molestes, dame. Yo he de ir á la imprenta luego.

Montbaillard salió.

—¿Ya no me necesitas?—preguntó Puisignieux.

—Sí—dijo Couturat.—Duerme un poco en ese diván; estarás muy cómodo.

Couturat volvió á mirar las pruebas y quedóse absorto, durante dos horas, leyendo y releyendo algunas frases que le sorprendían, haciendo para sí este monólogo:

—Un catálogo en el cual se ofrecen fragmentos de ciertas cartas de un hombre que no es célebre aún, de un hombre como Demailly... Es incomprensible, misterioso. Cartas que perjudican sola

y precisamente á Franchemont, á Remonville, á Lamperiére y á los otros; esto es punteria certera; es una maldad demasiado literaria para un comerciante de autógrafos... Yo veo la mentira en todo esto. ¡Ah!, si pudiese adivinar á quien iban dirigidas las cartas me sería fácil descubrir luego... Veamos, reflexionemos. ¡Hum! Un estilo demasiado ligero para ser dirigidas á un hombre... Generalmente, no abandonamos así nuestros defectos de forma en manos de un amigo. Este abandono... ¡Ah! Iban á una mujer... Sí; no se acordaron los imbéciles de repasar algunas palabras, y un adjetivo lo descubre todo, un adjetivo femenino aclara la cuestión... ¡Bueno! Iban á una mujer, estoy seguro; pero ¿quién será esa mujer? Investiguemos... Hay cierta mansedumbre respetuosa, que sólo emplea el hombre con una mujer honrada, con la mujer legítima... Y la firma... *Carlos*, nada más... *Carlos*... ¡Oh! ¿Serán confidencias de Demailly á Marta? Nachette, que no la dejaba un momento, pudo apoderarse de las cartas. Y lo del catálogo será una invención... Imposible. Nachette haría mejor las cosas... Una infamia tan estúpida no puede ocurrírsele.

Y Couturat volvía de nuevo á sus reflexiones.

—¡Claro—se decía.—Es posible que Gagneur, un canalla que ha venido algunas veces á las oficinas... Alguna venta simulada convenida entre

Nachette y Gagneur, sirviendo éste de... ¡No estaría mal imaginado!

Dejó las pruebas en el pupitre, y cogiendo un pliego de papel, trabajó toda la noche disponiendo el programa de la nueva dirección, que rehizo dos ó tres veces, dejando entrever una promesa en cada palabra y escondiendo un anzuelo de pescar inocentes en cada frase. Luego, á la madrugada, se entretuvo repasando listas de suscriptores.

Puisignieux, fatigado por las idas y venidas, por los viajes y conversaciones de todo el día, durmióse profundamente satisfecho en el diván, como hubiera dormido en su casa.

Llamaron á la puerta.

—¡Perdón, señor!—dijo un muchacho de la imprenta.—Me han mandado subir... Aguardan las pruebas desde anoche y no pueden ajustar.

—¡Oh, qué demonio! ¡Me olvidé! ¡No las ví! ¿Corren prisa? Pues allá van sin leerlas. ¡Toma! Que ajusten en seguida y tiren á escape.

. . . . . .

—Ahora te pregunto: ¿para qué me has detenido aquí?—dijo Puisignieux, despertando.

—¡Espera!

Y Couturat paseaba por el despacho. Puisignieux tomó el partido de volverse á dormir. Al cabo de una hora le despertó Couturat.

—Baja, y dí que tiren; dales mucha prisa... ¿No

has visto nunca una imprenta de periódico? Acércate á la máquina... Examínalo todo, y en cuanto haya cincuenta números, cogerás uno, es decir, dos, procurando que no te vean coger más que uno, y me los traes.

Puisignieux volvió al poco rato con los dos números.

—¡Muy bien! Toma una faja... ¡Vivo!... Escribe: «Mr. Carlos Demailly...» Toma un coche... vete á su casa, echa tú mismo este periódico por debajo de la puerta.

—Me quedo sin comprender nada...—dijo Puisignieux.

—Luego lo comprenderás todo. Anda, vete deprisa.

Couturat bajó á la imprenta con el otro ejemplar del periódico en la mano. La noticia de su nueva posición se reveló en el profundo respeto de los impresores.

—¡Parad la tirada en seguida!—gritó Couturat. —¡Inmediatamente! ¡Vengan todos los números! Que no quede ni rastro. Deshaced el molde... Miguel: coja usted estos papeles y quémelos... en la chimenea,.. No quiero ver en mi periódico semejantes cosas...—Y Couturat señalaba el artículo de Nachette.—¡Bromas, bueno!... Pero esto es ya demasiado... Montbaillard no lo habrá leído... Es muy duro... Deshaced el molde...

Luego, en un momento de reflexión, añadió:

—Sin embargo, es preciso que salga el periódico... Y no hay originales... No, no deshagan el molde... levántese de la cuarta plana el anuncio de la *Villa de Marsella*.

—¡Pero, señor Couturat—dijo Malgrás, que bajaba del despacho, á donde había subido para ordenar el cierre y el reparto;—es un anuncio de más de doscientos francos que se van á perder! Hace tres semanas que lo enviaron...

—¡Que se distribuya! Vea usted, señor Malgrás; yo daría mil francos por no tener ese número tan ruín sobre mi conciencia... ¡Mi primer número, que muchos aguardarán impacientes!... Lo publicaremos hoy, ó mañana, ó pasado mañana...

Puisignieux esperaba á Couturat en el despacho.

—Está hecho.

—Bien.

—¿Tienes algún plan?

—Sin duda... Por de pronto, á ese hombre... ya sabes de quién hablo... que se atravesó dos ó tres veces en mi camino... quiero arrojarle de aquí; pero ha de ser de tal modo que se vaya imposibilitado para entrar en otra parte.

—¿Y el medio?

—Lo busco... espero hallarlo... Una casualidad, una Providencia... No sabemos qué... Algo... al-

guien... Pero el diablo me lleve si no estalla la bomba que llevaste para el desayuno de Carlos Demailly... Entre tanto, mi querido Puisignieux, puedes irte á ver á tu Herminia... Necesito estar solo.

LXXX

Couturat estuvo dos horas aguardando, y oyendo los mil ruídos del París que despierta.

Un murmullo de voces resonó en el pasillo.

—¿Qué sucede, Miguel?—dijo Couturat al mozo de la redacción, que entraba.

—Un caballero que pregunta dónde vive el señor Nachette.

—¿Qué le has dicho?

—Que no lo sé. Y dice que aguardará.

—¿Cómo es ese señor?

—Grueso, rechoncho; tiene aspecto de haber llegado hace poco de su provincia. Está encolerizado como...

Dile que pase.

—Caballero, ¿usted desea?—dijo Couturat friamente, levantándose.

—Caballero—dijo el hombre grueso, entrando como una bomba,—pregunto dónde vive un miserable que se llama Nachette, y no creí que se me negara.

Couturat sonrió dignamente.

—Perdón, caballero; permítame que le diga... Según parece, usted ignora en absoluto las costumbres de redacción... Razones de economía social, ¿comprende usted? hacen generalmente del domicilio de un escritor un secreto... para sus abastecedores. Pero usted, caballero, sin duda viene aquí por cosa muy distinta, si no engañan las apariencias.

—Vengo para dejar sobre su rostro miserable la indignación de un hombre honrado... ¡Vengo á patearle! Sí, señor. ¡A patearle!

—Caballero... ¿Sabe usted lo que dice?

—Y lo haré. ¡Vaya si lo haré! ¡Sería necesario no tener sangre dentro de las venas para renunciar á ese gusto! ¡Cartas que un miserable ha robado á una mujer, que arruinan, que matan al marido! Sus intimidades, confesiones y secretos íntimos entregados al público. Palabras dichas al oído, la impresión de un día, de una hora, de un instante, pregonadas vilmente... Sólo á un canalla puede ocurrírsele cosa parecida.

—¿Qué dice usted, señor?

—Digo y sostengo que Nachette, ese miserable, ha robado las cartas de Carlos á su mujer. Las ha robado, y...

—Lo comprendo, señor; pero ¿quiere usted hacerme un gran servicio explicándome cómo el se-

ñor Demailly pudo tener conocimiento de un artículo que no se publicó aún?

—¿Qué no se publicó?... Si usted hubiera estado en mi pellejo hace una hora, hubiera usted visto... ¡Qué no se publicó?... Usted hubiera visto cómo Carlos leía ese artículo... no publicado... Cayó de bruces contra el suelo... de golpe... como herido por un rayo... Lo primero fué llamar á un médico... A estas horas no sé si vive ó si ha muerto... Es como mi hijo, señor... Y he salido, yo, que no sé coger una espada; he salido... para romper á ese canalla la cabeza en cuanto lo encuentre.

—¿Usted no sabe coger una espada?... ¡Es una desdicha, caballero, es una desdicha! ¡Nachette es un tirador muy distinguido! Tiene desgracia... No sé dónde... hace un año... ¡Ah! Después de todo, en estos asuntos la fortuna...

Y Couturat, que examinaba la bondadosa y ardiente naturaleza del visitante, hombre de temperamento sanguíneo y noble, dejando explayar y fluir su pasión, á la cual oponía solamente las frialdades de la educación y de la práctica de las cosas; Couturat observó que aquel hombre indignado y violento reflexionaba; sin duda su conciencia le ofrecía el recuerdo hermoso de sus hijos, que había dejado allá en su país, ablandándole y ligándole dulcemente... Hubo un silencio, que Couturat prolongó para dejar espacio á las reflexiones afectivas en el pensamiento del amigo de Carlos, y cuando le vió palidecer imperceptiblemente como si la muerte le hubiera tocado en el hombro, Couturat dijo:

—Por muy grande que sea el afecto que siente usted por Demailly, afecto que yo respeto, señor; por mucho desprecio que le inspiren las contingencias de un lance, me permitirá decirle que es muy sensible verle á usted ocupando el puesto de un amigo mucho más joven que usted, y que reemplace en el terreno del honor á un hombre de treinta años, en cuya enfermedad no es posible que nadie crea. Caballero, yo conozco bien á la gente... y cuando usted haya recibido una estocada, ¿qué servicio habrá usted hecho á Demailly? Mire usted.—Couturat cambió súbitamente su tono de redactor en jefe por un tono juvenil y de cariñosa intimidad.—¿Sabe lo que yo hice al enterarme de lo que ocurría? Sin detenerme á pensar en la procedencia de las cartas, importándome poco, por ahora, que sean falsas ó verdaderas, que las hayan conseguido más ó menos honradamente, que digan una cosa ú otra: por una leve sospecha de que pudieran significar algo de lo que usted indica, hice suspender la tirada del número... Sí, señor, á riesgo de un retraso, hice retirar un anuncio de cincuenta líneas que me cuesta el dinero... Recogí todos los ejemplares impresos

ya... y ahí tiene usted las cenizas en la chimenea... El número recibido por su amigo de usted es para mí un enigma... á menos que Nachette no haya venido á la imprenta momentos antes que yo... No hay otra explicación posible... A esta hora no tengo aún dispuesta la nota que debo insertar al pie del artículo de Nachette... Un sencillo comentario... lo que todo hombre de honor pensaría... Una contestación para el número que viene, ¡á los ocho días!, llega demasiado tarde; yo quiero en este número mismo arrojar á Nachette del periódico, haciéndole sentir el daño que ha hecho... Usted es fuerte... tiene usted buenos brazos y buenos puños... Profesa usted á Demailly una de esas amistades... que nosotros no conocemos; ¡esto es bastante! Corra usted enseguida, corra usted á la calle de Childebert, número 4... Allí vive un tal Gagneur, un miserable, cobarde y borracho; borracho pasa once horas del día y borracho le hallará usted... Amenácelo con extrangularle si es preciso, y si ofrece resistencia, puede usted apretar hasta que le arranque una declaración escrita y firmada por él, donde conste que las cartas le fueron entregadas por Nachette... ¡Esto es lo que necesitamos! ¡Es preciso que Gagneur vea en usted un hombre decidido á matarle!... ¡Andando! Abajo hay un coche... Veinte minutos para ir, veinte para volver y quince para la entrevista...

En menos de una hora puede hallarse aquí de vuelta.

Menos le bastó al hombre gordo para cumplir su cometido; volvía sudando, limpiándose la cara y mostrando un papel con aires de triunfo.

—Ha sido muy duro... Pero se lo arranqué... ¡Aquí está!

Couturat leyó:

«Declaro que la venta designada con el título »*Venta de una preciosa colección de autógrafos* »*modernos*, que estaba anunciada para el 24 de »Enero, era una venta ficticia. Declaro también que »las cartas del señor Demailly, mencionadas en »dicho catálogo, me habían sido entregadas por »el señor Nachette, y afirmo, sobre todo, que al »encargarme de semejante asunto desconocía su »gravedad.

GAGNEUR.»

—Cuente usted conmigo para todo, caballero—dijo Couturat, cuyos ojos brillaron.

Y sentándose á su mesa, escribió, sin levantar la pluma, unas cincuenta líneas.

—¡Miguel! A la imprenta esas cuartillas, volando, que urge; á continuación del artículo del señor Nachette... Hueco bastante deja el anuncio que retiramos... que no suban pruebas, que ajusten y tiren inmediatamente.

—Señor—dijo Miguel.—Ha venido un caballero que quiere hablar con usted. El señor Millin... ó Mellin.

—Imposible ahora. Dile que mañana le aguardaré á las once... ¡Ah! Que suba el señor Malgrás.

. . . . . .

—Señor Malgrás—dijo Couturat.—Ahí tiene usted el nuevo programa... Borre de la lista de la redacción el nombre de Nachette, y ponga en su lugar el de Mellin... Después delo á las cajas para que se imprima.

El hombre gordo hizo en movimiento para levantarse.

—No, no se vaya usted, señor—le dijo Couturat.—¡Vamos á reirnos!

LXXXI

Nachette se cruzó un el recibimiento con Malgrás.

—No sé si usted queda, mi querido Nachette; no lo sé—le había dicho Malgrás enseñándole su nombre tachado.

—Siempre buenas noticias; este viejo Malgrás... ¡Cuervo! ¡Eh!

Y Nachette entró en el despacho.

—Oye, ¿qué significa todo eso?—Y, pálido de cólera, avanzaba hacia Couturat.—¿Cómo dicen

que mi artículo retrasa la salida del periódico? A mí no me disgusta. ¿Qué tiene mi artículo de malo?

—Nada... Tu artículo va.

—Y mi nombre tachado en tu lista... Malgrás me le ha enseñado... ¿Por qué lo tacháis?

—Porque hay nuevo director, y los compromisos contraídos con Montbaillard terminan, cambiando el periódico de propietario... Puedes ir á la caja y ajustar cuentas... Ve y salda los anticipos que recibiste...

—¡Veamos! Tú me das una broma pesada, Couturat... Si; tú no puedes ponerme á la puerta como á un perro... á propósito de mi artículo... A causa de tu amistad con Demailly.

Nachette sonrió irónicamente.

—¿Por qué no?... Yo he podido gastar bromas con él, pero...

—¡Mira! Couturat, creo que no es prudente lo que haces conmigo...

La mano de Nachette acariciaba el puño de su bastón. Couturat, observándole, cogió distraidamente, haciéndola sonar sobre la mesa repetidas veces, una regla de hierro.

Nachette, dominando su ira, prosiguió:

—Luego ¿tú no permites ironías contra Demailly? Nada, no tengo empeño en mortificarle... Y si te molesta... Ya lo sabes: me tienes dispuesto á